

MI ÁNGEL DE LA GUARDA

Marta, hola una vez más, cada día es mas negro el pozo en el que me encuentro. Tú eres lo único que me mantiene con vida, que me hace aguantar otro día. No sabes cuántas veces he pensado en el suicidio. Ayer mismo, por ponerte un ejemplo, cuando el de matemáticas leyó las notas en alto delante de toda la clase. No entiendo por qué tiene que someternos a esa humillación; parece que eso fuera lo único que animara su existencia. Me tiene en el punto de mira y haga lo que haga me suspende.

Pero está claro que, como dice mi padre, aunque mi madre salga en mi defensa, soy un inútil y no voy a llegar a nada en la vida. Ya no me grita como antes, ahora me desprecia por no ser el hijo que esperaba tener. Él tiene razón, soy un fracasado.

Por eso ayer cuando nos tocó hacer el trabajo de ciencias en el mismo grupo, y tú me pedías constantemente mi opinión y la valorabas, me sentí en el paraíso. Tú, la más lista de la clase, pidiéndome opinión a mí, lo más bajo del universo.

Todo me duele. Siento las palabras de la gente como mordiscos que me llenan la piel de llagas. Me siento como un conejo que corre a refugiarse en su madriguera acosado por una jauría de perros. Siento punzadas en el corazón como si los horrores del mundo latieran dentro de mí: las guerras, el hambre, la miseria, el odio, el racismo. Siento que unas llamas abrasan mi cuerpo...¡Este calor es insoportable!

No puedo concentrarme. Me pregunto cómo haces tú para entenderlo todo a la primera, para no bajar nunca del 9. En mi interior se libra una batalla. Oigo el redoble de los tambores, el ruido de las ametralladoras, el estrépito de los cristales rotos, los gritos de la gente, el sonido de la ambulancia. Y veo mi sangre corriendo entre el polvo, entre los adoquines rotos. Entonces, alguien me cubre con una manta bordada con la palabra “fracasado”. Por fin puedo olvidarme de mañana tengo dos malditos exámenes que volveré a suspender porque ya no soy capaz de aprobar nada. No soy capaz de hacer bien ningún deporte. No soy capaz de comunicarme con las personas. No soy capaz de decirte que me gustas desde siempre. Ni siquiera soy capaz de quitarme la vida. Hoy no. Hace demasiado calor para cualquier movimiento, me siento sin fuerzas, quizá otro día. Hoy sólo quiero soñar contigo.

Marta, hoy me ha dado por hurgar en el pasado. Quiero saber en que momento me convertí en fracasado o en que momento tomé conciencia de que lo era...¡Pero es tan espeso el silencio que me impide oír las voces olvidadas que luchan por salir de mi garganta! Voces desgarradas. Voces frías. Voces oscuras. Voces infantiles... “Eres un repelente asqueroso. Estoy harto de que mi madre te ponga de ejemplo todo el

rato: Mira a tu amigo David, podrías aprender de él, hay que ver como tiene el cuarto de ordenado, y va siempre impecable...” Esto decía Marcos mientras iba tirando los juguetes y libros de las estanterías de mi cuarto. No puedo recordar por qué nos habíamos peleado, sólo su rabia al pronunciar cada una de las palabras. Marcos, mi admirado amigo Marcos, el más fuerte, el más atrevido, el que mejor jugaba al fútbol... Por más esfuerzos que hacía no podía entender aquel ataque. Era verdad que mi orden y mi aspecto siempre despertaban la admiración de las madres. Pero, ¿qué mérito tenía eso? ¿Cómo podía Marcos sentirse afectado por aquellas minúsculas migajas que le caían? Yo quería ser como él: el capitán del equipo, el que se atrevía a saltar la tapia cuando se nos caía el balón, el que sabía de qué color eran las bragas de las niñas en el parque, el que más tacos decía, el que mejor contaba los chistes, el que más ligaba. Intentaba parecerme a él, me comportaba así. Si buscaba el agrado y las alabanzas de los mayores era porque me sentía insignificante, falto de personalidad. Creo que ya entonces se estaba perfilando mi carrera de fracasado.

Más difícil me resultaba saber en qué momento y por qué los elogios se volvieron reproches. En qué momento el vozarrón acusador de mi padre sustituyó a la suave y dulce voz de mi madre. ¡Qué miedo le tenía! Apenas lo recuerdo durante mi infancia; era una figura lejana que de vez en cuando amenazaba mi tranquila vida con su presencia...“¡Los hombres no lloran!”, decía...No, los hombres no lloraban ni podían mostrar ningún otro signo de debilidad. ¡Cuántas lágrimas he tenido que ocultar a lo largo de mi vida! Por eso mi alma está blindada, mis sentimientos guardados bajo siete llaves... Me golpea el silencio, Marta, porque en él se ocultan las sombras de la muerte.

Entonces vuelvo a mis manías, no puedo evitarlo. Empiezo a contar compulsivamente los cuadros de la colcha: primero por filas, luego de uno en uno. Y los libros de la estantería, perfectamente alineados. Y cuando llego a los cuadros del parque, sé que estoy a punto de volverme loco, de tirarme por la ventana. El orden, ¡el maldito orden!: por un lado lo necesito y por otro me desquicia.

Marta, es triste pensar que a nadie le importas; que eres el cero más cero del universo, que no existes más que a la hora de pasar lista. ¡Hasta mis amigos pasan de mí! Antes contaban conmigo a la hora de hacer planes, pero ahora los hacen a mis espaldas (o quizá sea yo quién me automargino, no lo sé). Cuando me acerco, se hace el silencio, desaparece el buen rollo. Por eso es mejor apartarme.

Tampoco las chicas quieren saber nada de mí. Antes jugaba con ellas en los recreos, pero con el pavo que tienen ahora no paran de reírse y de cotillear todo el santo día. Ya sé que tú no eres así; seguro que finges como yo, para quedar bien, para no ser un marginado total.

Desde hace unos días no hablan más que de la fiesta de Ana. Me duele que no me hayan invitado, me siento como el bufón de la corte: sólo cuentan conmigo para jugar o para llevarles cosas que pesan... No piensan que me gustan las tías (bueno, tú eres la única que me gusta, que me has gustado desde siempre, aunque no sea capaz de decírtelo). Me tratan como un ser aparte, y a lo mejor tienen razón, lo soy. Siempre ha sido así, a pesar de mis esfuerzos, y no sé por qué.

No sé por qué, cada vez que te veo, las palabras se aferran a mi garganta como un niño pequeño agarra a su madre cuando tiene miedo y me siento el ser más torpe y desgraciado de la Tierra.

Lo mismo que en gimnasia, cuando tenemos que trepar por la cuerda o saltar el potro, me siento ridículo. Por eso me invento esguinces y mareos, aunque ya me ha dicho que le lleve un informe médico (parece que no se lo traga). ¡Además amenaza con suspenderme! Pues me da igual que me suspenda, lo prefiero antes que pasar la vergüenza cayéndome de la dichosa cuerdecita. ¿Por qué ese empeño en que todos seamos tarzanes? ¡Qué se ponga él un taparrabos y se vaya a la selva si es lo que le gusta!

Cada día me deprime más el colegio... Claro que tampoco quiero pensar en las vacaciones con la cantidad de suspensos al cuello. Mi padre me mata. Sé que me desprecia, que se avergüenza de mí, que soy una mancha en su blanco expediente.

No me queda otra alternativa que el suicidio, Marta. Es demasiado fuerte el dolor que siento en el pecho, como un puñal clavado. Sólo busco un consuelo para mi dolor porque hay días en que los sueños amanecen pisoteados; que las flores se han marchitado; que las hadas y los duendes se evaporan... Hay días que en mis ojos sólo quedan lágrimas para llorar. Pero los hombres no lloran, los hombres se tragan sus lágrimas. No hay que llorar. ¡Silencio!

Marta, la noche avanza callada, como una ola agonizante. Y yo soy el viejo y olvidado faro en medio de un mar triste y embarrado, anclado en mi ya habitual angustia. ¡Si pudiera olvidar los malditos cuchicheos a mis espaldas! ¡Si pudiera olvidar las malditas burlas! ¡Si pudiera olvidar las hirientes palabras de mi padre! ¡Si pudiera olvidar que tú, Marta, estarás divirtiéndote en la fiesta, bailando con otros!

Intento lamer mis heridas como aquel pobre cocker que murió en mis brazos. Nunca quise otro perro, fue demasiado sufrimiento. Mi único y verdadero amigo, dispuesto a cruzar el mundo para que le pasara la mano por el lomo, para que le diera unas migajas de mi merienda...

Imagino tus dedos, ágiles y largos, acariciando mi cuello, Marta. ¡Conozco tan bien tus manos! ¿Qué no daría yo por una caricia tuya? Cruzaría el mundo, como mi cocker, descalzo, a nado, a rastras... Nada me dolería si tuviera tu caricia. Nada.

Tú naciste para ser reina y yo perrito faldero, siempre recogiendo las migajas que tiran los demás. Por eso tengo que desaparecer devorado por esta noche silenciosa, por esta ola agonizante, porque cada hora del reloj es una azada en mi alma. Quizá sea hoy un buen día, me siento capaz.

No escucharé el silencio empeñado en decirme que siga en mi ratonera, en mi mísero agujero porque para mí no hay esperanza, no existe la luz. Para mí no hay esperanza, sólo la muerte puede llevarse mi agonía.

Marta, llevaba una hora o más con aquella cuchilla en la mano, dándole vueltas, probando su tacto, imaginándome el borbotón de sangre que saldría al cortarme las venas de la muñeca. Nunca me gustó la sangre. Recuerdo los gritos que daba de pequeño si me caía y me hacía una pequeña herida en la rodilla.

¿Cuánta sangre podría llegar a salir por aquella vena? ¿Cómo sería de grande el charco? ¿Cuánto tiempo tardaría en morir? Dicen que morir desangrado es una muerte dulce... Eso era lo que más me atraía de ella, la dulzura, la paz. Además de la visión de la sangre porque tendría que mirar para otro lado, me preocupaba, sobre todo, la reacción de mi madre al encontrarme tirado en medio del charco. Imagino su dolor, mi entierro, mi ausencia, su luto... ¿Y mi padre? ¿Se arrepentiría de no haberse mostrado más cariñoso conmigo o diría: “Ya predije yo que era un blando y un fracasado”? ¿Qué fácil y que difícil es quitarse la vida, Marta! Fácil porque basta un simple cortecito, y difícil porque la mente se niega a darle la orden a la mano: se empeña en recuperar las imágenes alegres de mi vida y proyectármelas en forma de película, como si pretendiera inyectarme alegría en vena, en la vena a la que pensaba atajar con aquella cuchilla...

-David, hijo, ¿se puede?

La voz de mi madre me produjo tal sobresalto que la cuchilla salió disparada por los aires, milagrosamente sin cortarme, y desapareció de mi vista. Los latidos del corazón se convirtieron en redobles de tambor antes de una ejecución, me dolía el pecho. Cogí el primer libro que encontré a mano y lo abrí.

-Si..., claro... Pasa- balbuceé.

Noté que me temblaba el pulso, o quizá temblaba yo entero. Me volví tratando de aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir, y creo que se me notó bastante (nunca se me ha dado bien disimular).

-¿*Qué hacías?*- preguntó mi madre con una mirada penetrante.

¿Era su instinto materno el que la había llevado hasta mí en ese preciso momento?

-*Nada, estudiar*- respondí.

-¿*Con el libro del revés?*- observó mi madre.

-*Debí...de darle un codazo...al volverme*-respondí. Me ardía la cara. Menos mal que sólo tenía encendida la luz del flexo.

-¿*No es un poco tarde?*

Eché un vistazo al reloj. Eran las dos de la madrugada.

-¿*Y tú qué haces levantada?*

-*No podía dormir, estoy preocupada por ti. Últimamente te noto triste, apagado, no cuentas nada. ¿Te pasa algo?*

Un viento interior me erizó el vello, a la vez que las lágrimas afloraban en mis ojos. Me agarró la cabeza, tocándome el pelo como cuando era pequeño. Yo estallé en sollozos que me sacudían desde lo más profundo de mi ser.

-*Hijo, hijo, hijo...*- no cesaba de repetir ella.

Cuando se agotaron las lágrimas, me sentí como un campo desierto después de una tormenta de verano, donde quizá crecieran unos cuantos hierbajos. Entonces salieron de mi boca cientos de palabras, ordenadas, claras, precisas. Ahí estaban mis miedos, mis dudas, mis problemas, mis sentimientos. Perfectamente explicados, hasta yo me maravillaba. De pronto sentí como si hubiera derribado la muralla que me impedía acceder a mis momentos alegres, felices. Luego cesaron las palabras y me quedé vacío, ni siquiera el pulso me fallaba. Hasta que mi madre comenzó a hablar, a decirme que la adolescencia era una etapa difícil, porque uno tenía que encontrar el camino; un camino sin trazos definidos, un camino que se hace al andar. Poco después, ella me condujo a la cama, me echó la sábana por las piernas, me dio un beso en la frente y una caricia, esa caricia que yo tanto necesitaba y anhelaba; no me importó que no fuera tuya, Marta, sino el simple gesto, el cariño, el amor. Fue un momento muy dulce, una vuelta a la infancia.

-*Hasta mañana, hijo; mañana será otro día, verás como ves las cosas diferentes.*

Marta, hoy veo las cosas diferentes, más alegres, más doradas. Quizá tenga razón mi madre y esté atravesando una etapa difícil, una crisis adolescente. Quizá tenga que seguir andando porque el camino se

hace al andar. Me sigo preguntando si fue intuición lo que hizo que mi madre llegara en ese preciso instante.

La charla de anoche me abrió los ojos, me ha dado fuerzas para empezar a dibujar mi camino porque la meta no está al final del mismo, sino en cada paso que doy.

Quiero salir de este pozo, pero quiero salir solo, tal y como entré. Ya sé que nunca podré llegar a conseguir tu amor ¿o sí?. No lo sé. A lo mejor, algún día, me atreva a decirte que siempre me has gustado, Marta, que siempre te he querido. Me siento con fuerzas, podría hacerlo, soy capaz.

Con mis amigos, me parece que soy yo el que me automargino, quizá sea yo el que me estoy apartando...¡No quiero especular más! Mañana iré con ellos al parque pero me comportaré como yo soy y si no les gusto, buscaré a otros, porque tengo que aceptar mi personalidad. Si no puedo ser el capitán del equipo, seré el defensa; si no puedo saltar la tapia para recoger el balón, daré la vuelta hasta llegar a la calle y si no cuento bien los chistes, me limitaré a escucharlos. No puedo quedarme estancado llorando mis limitaciones. A todo se llega en la vida, o por lo menos, se intenta.

Una vez leí en un libro que si no hay una puerta de salida en la situación en la que te encuentres, debes recordar que tú mismo eres la persona que más debe amarse y tomar la decisión de jamás darse por vencido.

ALGÚN TIEMPO DESPUÉS...

Marta, ahora deseo que llegue la noche. Ya no la veo como aquella ola agonizante que acaba con todo cuanto se lo propone. Me he dado cuenta que me da destellos de esperanza, soplos de energía y fuerzas para seguir adelante. Digo esto porque cada noche , a la misma hora, a las dos de la madrugada, mi madre viene, me echa las sábanas por las piernas y me da un beso en la frente y una tierna caricia. Yo abro los ojos y le respondo con una sonrisa cómplice.

Ella siempre ha estado pendiente de mí, cuidándome, actuando en el momento oportuno...Y yo no he sido capaz de valorarlo. Ella, y sólo ella, ha sido, es y será mi ángel de la guarda.

EPÍLOGO

Marta, mi mayor sorpresa fue anoche, cuando abrí los ojos y vi a mi padre sentado al lado de mi cama, llorando. Cuando iba a hablar, a preguntarle qué le pasaba, no me dejó; me hizo un signo con el dedo para que me callara. Me dijo que los hombres si lloraban, que lloraban como los demás y que también se equivocaban y tenían derecho a rectificar. Me pidió perdón por todo lo que me había hecho sentir y sufrir, por su brutalidad, por sus comentarios, por tan duras palabras como habían salido de él. Acto seguido, me tapó las piernas con las sábanas, me besó en la frente y me dio una caricia.

Desde entonces, ya no viene a mi habitación sólo mi madre, ahora es acompañada por mi padre, por mi nuevo ángel de la guarda.

Mi ángel de la guarda

A todos los ángeles de la guarda y, en especial, a los míos.

NOTA: Para facilitar el entendimiento de esta historia quiero decirle que son cartas que David escribe a Marta pero él no se las envía y, por tanto, Marta no las ve. En cada marco hay una carta.

José María Cabrera Maqueda 4º eso A